

La Caridad Moderna

---

Un colega lamentaba, con justicia, hace poco, la guerra que se hacen entre si las instituciones benéficas para disputarse el favor público. Esta lucha, que se parece bastante a la competencia comercial, pero sin ninguna de sus ventajas, termina por echar a perder el negocio de todas.

Desde que el adelanto de los tiempos ha encontrado manera de socorrer a los pobres divirtiendo a los ricos en corsos y kermeses, y - con más suerte que los alquimistas, - ha descubierto el sistema de convertir en oro la vanidad, el amor propio y hasta la misma cordedad de genio, condecorando a cada transeúnte con una insignia o una flor, la caridad ha perdido su carácter y ha necesitado recurrir a los mismos procedimientos que las empresas comerciales.

No se le exige solamente que socorra a los necesitados, sino que se ingenie en sacar el dinero del modo más variado y menos sensible a los benefactores, y no hay que extrañarse, por lo tanto, que si la inventiva anda escasa y se echa siempre mano de los mismos expedientes, el público se muestre rebelde a su reclamo.

Algo de eso ha sucedido con las formas acostumbradas de allegar fondos en estos últimos tiempos.

Primero estuvo de moda el sistema de los beneficios. Dos o tres veces por semana las casas de Santiago se veían invadidas por entradas de biógrafos en favor de tal o cual institución y, como es lógico, lo que al principio cooperaron con gusto a las primeras funciones, terminaron al cabo de la décima o vigésima por no aceptar localidades.

Vino después el período de los festivales, las kermeses y los corsos, hasta que el público se hastió de música, ventas y serpentinas; y ahora hemos entrado de lleno al régimen de la flor. Ya no es una sola institución la que acumula recursos, utilizando los sentimientos verdaderamente caritativos de las niñas que recorren el día entero la ciudad en demanda de colectas; ni se verifican estas en una o dos estaciones del año. No son flores de invierno o de verano; vivimos en perpetua primavera.

El resultado de las colectas disminuye; la gente se retrae de hacer la caridad, y si la petición de dinero continúa, quizás los estadistas anoten en esos días una disminución apreciable en movimiento urbano...

Acaba de llevarse a cabo una de estas colectas, destinada, entre otras cosas a allegar recursos para fundar un hospital militar, institución demasiado útil y simpática para no encontrar así maneras diversas de procurarse los fondos necesarios. Un concurso hípico, hasta un festival de bandas, habría estado más de acuerdo con el carácter de esa obra y, de seguro, habría tenido resultados más positivos.

Triste es decirlo; pero además de todos los trabajos que se toman las personas realmente caritativas, el público tiene la crueldad de exigirles que la proporcionen formas nuevas de hacer la caridad.